

Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



Capítulo XIII



Boca de la montaña ~ Abril de 1351

~Afuera de Mountain Mouth, las luminosas colinas de Auvernia se extendían bajo una cortina.

El cielo estaba repleto de estrellas y el viento del oeste era cálido, soplando fuerte y constante. Como fantasmas sin rumbo, remolinos de polvo se elevaban y descendían sobre terreno irregular. El horizonte oriental parpadeaba, los relámpagos se volvían más brillantes dentro de la tormenta que avanzaba. El cielo retumbaba, los truenos lejanos se mezclaban con interminables redobles de timbales. El frente de la tormenta era enorme; era una manta electrificada que abrazaba la curva de la tierra, engullendo el cielo. La tempestad que se aproximaba era una supercélula giratoria, comprimida a la perfección bajo raras presiones climáticas; de ahí, un monstruo celeste densamente moldeado.

Los vientos cambiaron de dirección, empujando con fuerza, frío y desde el este. Brillantes rayos ramificados se extendieron por el cielo, las gigantescas venas azules de un noble rey de la tormenta. Nubes excitadas brillaban en un verde inquietante mientras el frente avanzaba con sus vientos punzantes, columnas torcidas cegadoras y explosiones ensordecedoras. De repente, los cielos se abrieron de par en par para dar paso a láminas de lluvia como muros de cristal que se extendían. Torrentes de agua rugieron por las laderas, inundando las muchas

Los valles se azotaban con una furia que quizás solo Noé pudo comprender. Rocas de hielo caían como lluvia, estrellándose contra las piedras, mientras las pozas del valle se agitaban bajo una lluvia incesante de granizo.

En el extremo sur del valle de piedras, sobre una cresta rocosa y con el brillante relámpago como telón de fondo, se alzaba la silueta de un enorme caballero, de cuarenta y cinco palmos de altura. Enfundado en una armadura negra como la brea, el Gigante Empuñaba una espada larga que, desde la punta hasta la empuñadura, se extendía más que la altura de un hombre. Y en una estocada arrolladora, que tal vez pareció partir las nubes, el Gigante clavó su espada en el cielo, bramando con una voz profunda y extraña, como si muchos gigantes hablaran a la vez: «¡Mors ad vitam—Eljo! ¡Sal!». En un destello violeta, un relámpago impactó contra la espada y la silueta se desvaneció en la nada. Sin embargo, el caos de la tormenta continuó: los vientos arreciaron y el granizo cayó mientras la lluvia azotaba sin cesar.

Donde antes se alzaba la silueta, un torbellino ciclónico descendió del cielo, se convirtió en una pesadilla de ébano y se extendió hacia el norte, ascendiendo por la pared trasera de la tormenta. En total, la oscura masa se elevaba tres millas de altura, abarcando al menos un cuarto de milla de terreno. Con la apariencia del Dedo de Dios, el pilar trazaba una línea pulida sobre la tierra y, como gruesas antenas de insecto que inspeccionan el suelo, rayos brotaban, azotaban y escupían desde la monstruosidad. La pesada columna se balanceaba y se retorcía, avanzando a duras penas como un anciano errante sobre un bastón.

Las lluvias cayeron de lado. Los vientos huracanados aullaron mientras el Gigante giratorio avanzaba pesadamente hacia la Boca de la Montaña. Las rocas crujieron ladera abajo. La columna se elevó sobre la cresta de la colina y plantó su denso pie dentro del valle, arando de frente hacia el útero de la montaña que, en lo profundo, contenía una estatua yacente manchada de guano y que aferraba una desgastada bolsa de piel de cabra a su pecho: los restos pétreos de un Grotesco, un Eljo petrificado, condenado desde entonces por la luz del sol. En expresión, su boca permanecía abierta en un grito congelado y sus ojos muertos miraban fijamente el techo de una gruta cubierto por un mar agitado y al revés de murciélagos temblorosos. A su alrededor, su túnica desgarrada y manchada ondeaba y crepitaba en los vientos subterráneos como una bandera de guerra cargando.

Desde su muerte, el Eljo permaneció prisionero en un lugar quizás bastante peculiar, mejor descrito como la región del "Vacío". El Vacío era un limbo eternamente vacío para las criaturas no humanas, para aquellos seres vivos indignos de una experiencia divina. Era adonde iban los murciélagos, los pájaros y las abejas al morir. El Vacío era un polvoriento desván de la Creación, abarrotado con los recuerdos de los menos afortunados de la Vida. Era posiblemente el más alto

huevo de la Eternidad, merecedor de la mosca aplastada, el pez atrapado en la red o el cordero sacrificado. En definitiva, el Reino del Vacío era una especie de más allá para criaturas aparentemente condenadas a la nada eterna por falta de alma. Fue este reino, y solo este, el que los Eljo heredaron.

Sin embargo, con vientos de velocidad inconmensurable y ferocidad terminal, el tornado se estrelló contra la ladera y Mountain Mouth rugió, azotado por una abrasiva pared de arena, rocas y restos de árboles que giraban sin cesar. Los escombros estallaron contra su superficie, desgastando sus rasgos y dejándola lisa como cera. Arriba, en lo alto del cielo, millones de regiones cargadas se encendieron dentro de las nubes arremolinadas, conectándose y acumulándose para generar miles de ramas brillantes que descendían, convergiendo también en varios gruesos rayos contiguos. Estos también se combinaron para formar una única columna colosal que, posiblemente, despojó a los cielos de toda su fuerza.

¡BOOM! Como una lanza divina encendida, el torrente brillante impactó contra la tierra y partió la cima de la Boca de la Montaña, arrasando su superficie con tal intensidad que penetró la montaña y violó sus partes más profundas. Dentro de la cueva, secciones del techo se desprendieron. Un océano de murciélagos cayó del techo derruido y rocas y polvo llovieron sobre la estatua de Eljo, enterrando sus patas y cubriendo la bolsa de cuero que yacía sobre su pecho. Azotada por vientos rugientes, la gruta interior se disolvió en un caos hirviente mientras, afuera, el monstruoso vórtice extrajo a casi un tercio de los murciélagos de su refugio cavernoso y los engulló, aplastándolos en el Reino del Vacío.

El torbellino se alejó pesadamente de Boca de Montaña solo para sacar su gordo pie del valle y ascender a los cielos negros de donde vino. Finalmente, los vientos se marcharon y las manguantes lluvias se redujeron a una llovizna sobre los charcos hinchados. Y con el fin del caos, los murciélagos supervivientes volvieron al techo y la gruta quedó inmóvil como la Muerte, salvo por los ecos ocasionales de chasquidos y risitas de las obstinadas piedras del techo que cedieron sus altas posiciones al suelo de la cueva, sobre el cual yacía la estatua del Grotesco que gritaba.

Sin embargo, en ese silencio mortal y desde la esquina de una bolsa de cuero maltrecha que contenía varios objetos, incluyendo trozos rotos de un frasco que alguna vez estuvo sellado, un líquido marrón brotó, goteando una fina línea por los restos de una túnica andrajosa. La sangre vital consagrada empapó los hilos, humedeciendo las costillas de granito de la estatua, y en el momentos previos, ecos crepitantes rompieron la oscuridad silenciosa; ruidos muy parecidos a estallidos. guijarros en un lecho de brasas ardientes. Y donde la sangre se derramó, las fisuras fragmentaron la forma lisa de la estatua, irradiando hacia afuera.

Aún más grietas finas se extendieron por la superficie de granito, conectándose y acumulándose como minúsculos rayos negros, envolviendo cada uno de sus extremos. Sin embargo, el crujido cesó; la quietud regresó, dejando al descubierto el rostro pétreo de Eljo, como un rompecabezas de piedra. de una suma quizás incontable de piezas conectadas de forma irregular.

¡BOOM! La estatua estalló en una lluvia de fragmentos de granito que cubrieron la cueva. La bolsa salió volando —arrastrada rápidamente— y en el centro de la nube de polvo que se disipaba, la carne desnuda se removió sobre un montón de escombros arenosos.

—Padre —gimió Eljo, con una voz débil y ronca que jadeaba como la de un hombre exhausto, vencido por la deshidratación. Se dio la vuelta, vomitando terrones de arena húmeda.

Para ella, tal vez una nube de avispas venenosas palidecía en comparación con la agonía presente y aparentemente omnipresente, y, abrumada por temblores febriles, se acurrucó en una bola de carne. Sus jadeos y gemidos resonaban como gritos de dolor, muriendo al revés.

En el entumecimiento de la curación —en ese arrastre de tiempo aparentemente infinito— el maldito rugido en sus oídos se rindió a un sonido más suave y dulce: la resonancia tranquilizadora de una lluvia constante.

Así, con los dolores de la resurrección disminuyendo a un ardor sordo, y con sus sentidos

Tras haber regresado parcialmente, el Eljo avanzaba torpemente por el suelo lleno de escombros, despejando un estrecho camino mientras se arrastraba con dificultad hacia adelante, cada vez más cerca de la boca de la cueva, hacia el atractivo irresistible del agua fresca en sus labios agrietados y resecos.

Sin la cueva, erguida y desafiante en medio de un paisaje maltrecho y magullado, Boca de Montaña sobrevivió a la tormenta con solo su cima partida. Su rostro marcado y desgarrado dominaba el mismo valle de piedras, que ahora yacía engullido por las aguas bravas de un río rugiente y furioso. Una figura desnuda emergió de las profundidades de su Boca abierta. Con la musculatura de un hombre maduro —una masa definida que envolvía un cuerpo bastante grande—, se arrastró, se deslizó en un charco y quedó inmóvil. En su forma intacta, quizás el cuerpo se asemejaba más a una versión alada del antiguo fraile Iván.

Lázaro vivió.

~*~

Y así sucedió que, en los días posteriores a su resurrección, Lázaro sanó, su mente se aclaró, recuperó sus fuerzas y volvió a realizar las tareas más cotidianas.

de existencia. Acomodándose a su desnudez y a sus ahora mayores dimensiones, Lázaro logró coser un taparrabos con los restos de ropa que yacían enterrados en su saco de provisiones, protegidos desde entonces de la intemperie.

Quizás por fortuna de Lázaro, pronto descubrió que volar no era una tarea más difícil que antes; todo es relativo: su mayor tamaño se compensaba con su mayor envergadura. Impulsado inevitablemente por el hambre, salía de la cueva por las noches y regresaba con una buena pesca de un charco situado entre la ladera trasera de Mountain Mouth y una colina adyacente.

Una vez más, dentro de la gruta, un anillo de rocas que no había visto fuego en varias estaciones, ahora rodeaba llamas crepitantes que desprendían el humo del pescado asado, proyectando largas sombras danzantes bajo un techo de cientos de pequeños ojos negros. A simple vista, salvo por la mayor estatura de Lázaro y el clima más benigno de la primavera, tal vez los acontecimientos actuales en Boca de la Montaña podrían parecer inalterados desde el encuentro letal de Lázaro con el sol.

Los días se fundían en semanas mientras los murciélagos seguían su rutina, saliendo en masa de la gruta al anochecer solo para regresar a su refugio, con el estómago lleno, antes del amanecer. Y Lázaro partía y volvía con los murciélagos, pero él mismo se marchaba para sobrevolar luminosas tierras nocturnas, siempre atento a los primeros rayos del sol funesto, para que no lo sorprendieran demasiado lejos de la Boca de la Montaña.

En ese tiempo, su dieta se volvió más variada, al igual que su destreza en la caza de aves. Topos, liebres e incluso algún zorro, los llevaba de vuelta a Mountain Mouth. Además, de los muchos libros que había memorizado —un volumen de un scriptorium que su padre fraile insistió en que tuviera bien grabado en la mente—, obtenía abundantes beneficios de sus presas: carnes ahumadas y secas, pieles curtidas que cosía para hacer pantalones, zapatos de cuero y un chaleco abierto por la espalda, e incluso rudimentarios instrumentos tallados en hueso afilado.

Mientras empleaba estas muchas técnicas, el método de las mismas que Iván había puesto a su disposición mentalmente y fácilmente durante mucho tiempo, Lázaro llegó a comprender la verdadera magnitud de El amor eterno de un padre. La desgastada cruz de madera que adornaba su cuello, tan frecuentemente besada, quizás servía tanto para recordar a su padre como para reforzar su fe. Y tal vez colgaba como un último hilo tangible que unía el tejido de su antiguo mundo predecible con el de uno salvaje y aparentemente ilimitado.

Mayo de 1351

La noche era joven. Apenas había anochecido hacía una hora cuando Lázaro se apoyó contra la pared de roca justo afuera de la entrada de la cueva, jadeando y sudando mientras miraba a su lado un jabalí adulto que había traído de su última cacería. La presa había sido la más grande y rápida hasta el momento, y con razón. Besó su cruz y arrastró el cadáver hacia el interior de la cueva, pasando junto a los huesos dispersos del cerdo que tanto tiempo había cazado. Mataron. También regresando de su cacería, una bandada de murciélagos chillones se zambulló en la Boca de la Montaña, iluminados por Lázaro, y volaron profundamente en la caverna. Lázaro se volvió y les gritó con una sonrisa seca: «¡Pero el mío es más grande!». Levantó al jabalí sobre su hombro y tropezó tras ellos, gimiendo pero sonriendo, manteniendo el equilibrio, agitando sus alas de un lado a otro.

Poco después, una hoguera de llamas largas proyectó sombras cambiantes sobre la gruta, iluminando los restos erizados del jabalí. Yacía contra una pared de roca con la pata trasera cortada y un hueso limpio de la pata y tiras de piel a cierta distancia de su cabeza. Más cerca del centro de la cueva, Lázaro estaba sentado sobre una roca, con un filete de cerdo humeante a sus pies. La carne chisporroteaba sobre una roca plana y caliente que servía de superficie lisa para cocinar, y el aroma del cerdo friéndose llenaba la cueva.

—No vendrás conmigo. No estás en condiciones de hacer el viaje. Pero espero que te acuerdes de mí, de todos modos —exclamó Lázaro, sonriendo mientras asaba varios trozos de carne en un palo que sostenía suspendido sobre las llamas crepitantes—. Tengo una promesa que cumplir y la cumpliré. Me iré de verdad... mañana. Ya verás —miró al techo de la gruta y les dijo a los murciélagos, cientos de ojos negros y brillantes que lo observaban. Con una mano libre, Lázaro tomó un cuchillo de hueso tallado que tenía a su lado, apuñaló el filete de cerdo y le dio la vuelta para que chisporroteara de nuevo. Luego, sacó el palo de cerdo del fuego y, de una pila de pequeñas y suaves pieles curtidas, colocó tres a sus pies.

—Deben estar bien cocidos y secos —murmuró, mientras sacaba los trozos de cerdo cocidos y los colocaba sobre las pieles. Lázaro reanudó su conversación con los murciélagos; “¡Me voy muy lejos!” Envolvió el cerdo ahumado en las pieles y la grasa, atando los paquetes para cerrarlos, “Al otro lado de un gran mar, a la tierra de Italia. Iré a buscar al fraile Salvitino y Regresaré con él a la Abadía para cerrar la Piedra de la Puerta. Y cuando la cierre, le pediré al Abad Vonig que me haga fraile, porque ya soy mayor. Y él podrá nombrarme fraile de las catacumbas, pues lo sé todo sobre ellas, igual que mi padre.

Lázaro se levantó con la carne envuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia su piel de cabra con correas de cuero.

La bolsa, colocada entre dos cantimploras llenas de agua. Apiló los envoltorios humeantes dentro: provisiones adicionales que podría llevar consigo en el viaje. “Y Miguel Y Thateus me ayudará con las antorchas. Y no permitiré que Fray Clodius entre en las catacumbas, jamás. —Se rió entre dientes, cerró la bolsa y volvió al fuego.

Una vez de vuelta en su asiento, con una estocada del toscó cuchillo de hueso, despegó el filete de cerdo de la piedra, riendo entre dientes: «Es un festín digno del hambriento Fray Lázaro». Volteó lentamente la tentadora carne a la luz del fuego y, al notar que estaba dorada a la perfección, sopló para disipar el vapor.

Pero una gran masa de guano cayó del techo y salpicó el bistec, lavándolo. desvaneció su sonrisa. Varios más se esparcieron a su alrededor. Murciélagos revoloteaban sobre su cabeza. "No", gimió . Se puso de pie y le suplicó al techo: "¿Por qué?". Entonces el aire se enfrió bruscamente, lo suficiente como para que viera su aliento empañarse; y un aroma nauseabundo y dulce ahogó todo. El aroma de la carne cocinada. Los ojos brillantes de un millón de murciélagos relucían a la luz del fuego, todos observándolo fijamente. Los crepitantes y siseos de la leña al quemarse resonaban de forma antinatural en el aire cada vez más denso; y las llamas parecían encogerse y replegarse sobre sí mismas como los pétalos de una flor que se abren apresuradamente al revés.

«¿Hemos vuelto a nacer?» Una voz antinatural, armonizada y superpuesta —la pregunta de muchas mujeres a la vez, formulada en un tono perfectamente sincronizado— susurró casi imperceptiblemente desde atrás. Tuvo que reflexionar si la había oído con los oídos o con la mente.

Lázaro giró sobre sí mismo; su aliento lo abandonó como un alma desgarrada mientras Lucifael permanecía a un brazo de distancia, completamente desnuda y con una leve sonrisa que dejaba ver, entre labios carmesí, las gruesas puntas de colmillos caninos. Bajo su cabello salvaje, un par de ojos completamente negros reflejaban una imagen invertida del fuego de la cueva, con llamas invertidas que danzaban hacia abajo en tonos azulados. Además, con uñas de ébano y areolas escarlata sobre piel de marfil, y con enormes alas de carne y hueso superpuestas que se extendían sobre y detrás de ella, Lucifael tal vez podría burlarse de la Pureza con su sola presencia.

Lucifael golpeó a Lázaro, lanzándolo al otro lado de la cueva, cerró sus alas de golpe y lo persiguió. Lázaro retrocedió a trompicones y se puso de pie con dificultad. Contraatacó con las alas extendidas, siseando, pero retrocediendo al mismo tiempo. Ella se detuvo, cruzó los brazos, le mostró sus pechos y ladeó la cabeza como un perro curioso; lo examinó con una sonrisa de satisfacción.

Habló en voz baja: “Has crecido mucho. Sin embargo, al final te recordé como una roca”.

estatua—un muchacho tonto de Eljo, muerto por el sol mientras arrastraba un cerdo muerto. Igual que ese. —Señaló un cadáver huesudo al otro lado de la cueva—.

“Y aquí estás, de nuevo con vida, y con ese resplandor tan característico, nada menos.

No naciste con ello. ¿Cómo lo conseguiste? Es de reciente creación. No lo tenías la última vez que hablamos. Entrecerró los ojos hasta convertirlos en simples rendijas negras; «Ahora debo preguntarme: ¿Es el destino un misterio para esto? ¿O es esta inusual resurrección una especie de presagio divino?». Miró los escombros del suelo de la cueva y encontró los fragmentos de granito que una vez sirvieron para aprisionar a Lázaro en piedra. «Mmm», murmuró.

—Yo no te he llamado ni he rezado —espetó Lázaro, retrocediendo y recogiendo sus alas.

«Sin embargo, en cierto modo, lo hiciste: en el momento en que desafiaste a la muerte. Lázaro, nada escapa a mi atención, especialmente algo tan grave como la resurrección». Vio la pequeña cruz de madera que colgaba del collar de Lázaro y frunció el ceño. «¿Por qué llevas esa ramita estéril y sin raíces alrededor del cuello?».

Lázaro apretó la cruz entre sus dedos: «Es una cruz de oración, la imagen de mi fe, era la de mi padre».

Inclinó la cabeza, como para considerar su afirmación, pero enseguida soltó una risa maliciosa. “¿Un Eljo temeroso de Dios adornado con la imagen tallada de un sacerdote?”, se rió entre dientes. “Imagínate, de entre todas las perversidades del mundo”.

—¿Por qué has venido? —le preguntó Lázaro.

Echó las manos hacia atrás y se acercó a él, apartando con despreocupación unas pequeñas piedras con el pie. con los dedos de los pies pintados de negro. Lázaro se mantuvo firme. «No porque pudieras llamarme o excusarme a tu antojo. Y el hecho de que no me hayas visto antes no significa que no haya estado siempre presente; estuve en los cerdos».

“¿En los cerdos?”

«Cuando miraste a los ojos del cerdo, yo te estaba mirando a ti». Se detuvo frente a él y continuó:

«Verás, querido, antes de que murieras, te envié al cerdo porque quería confirmar, para siempre, que una condición tan simple como el hambre podía llevarte a comprometer tus valores. Sí, te puse a prueba, y la prueba te venció. En verdad, sucedió que matar al cerdo te costó incluso la vida. Imagínate».

Lucifael sonrió ampliamente, mostrando sus colmillos. «¿Recuerdas tu enseñanza, Lázaro? ¿No matarás? Sin embargo, mataste, comprometiste tus valores, ¿y para qué sino para saciar tu hambre?». Señaló su última presa, que yacía junto a la pared de la cueva: «Y ahora matas a otra». Alzó una ceja. «Quizás valoras tus valores solo cuando te benefician, ¿verdad?».

«El cerdo no era más que una bestia. Dios no pretendía que sus mandamientos se aplicaran a las bestias de la tierra, sino solo a los hombres», le informó Lázaro.

—Ah —respondió ella, como si aprendiera de él—. Entonces, si te mato ahora, ¿rompería tal cosa?

¿regla?"

"No matarás ... sí, lo harías."

—Ya veo —asintió con una ceja arqueada y los labios fruncidos—. Y dime, Eljo, ¿qué recuerdas después de morir? ¿Recuerdas haber visto el Cielo o el Infierno? ¿Algo, en absoluto? Lázaro apartó la mirada y admitió: "Yo... no lo recuerdo".

Ella sonrió con sorna. «Entonces esto solo podía revelar una simple verdad. Por dolorosa que te resulte, la verdad es que no eres un hombre, Lázaro. A diferencia de tu padre, eres un Eljo, una simple bestia de la tierra como el cerdo que mataste. Como tal, no tienes alma, ni vida después de la muerte. Ahora respóndeme esto: ¿De qué sirve tu fe si al final no cosechas nada de ella?»

Enderezó los hombros. «No dudaré de mi fe, Señor, ni de su divina voluntad».

—Bueno, por supuesto que no lo harás —espetó—, ya que estas ideas se enquistan en el núcleo mismo de Tu existencia, que sirve patéticamente como fundamento de todo lo demás que has aprendido desde entonces. Y no podemos esperar que aceptes conceptos nuevos pero amargos que podrías negar obstinadamente, incluso si se te presentan de forma razonable, ¿verdad?

Se giró y comenzó a pasear por la cueva, observando el suelo, sin dejar de predicar: «Porque si lo hicieras, tal vez te verías obligado a reconsiderar ese fundamento tuyo. Y hacerlo podría implicar una posterior reconsideración del resto de tus percepciones mundanas, para que se alineen más con verdades mundanas, quizás duras. Y no podemos soportar el dolor de eso, ¿verdad?».

Ella pateó una piedrecita y lo miró de reojo. «Demasiado doloroso: reconsiderar los cimientos de uno mismo; demasiado perturbador: sacudir esas supuestas losas sólidas solo para descubrir las muchas fallas fundamentales que contienen; solo para descubrir que la propia casa fue construida sobre arenas movedizas». Luego se giró y se acercó a él, con la mirada fulminante. Lázaro retrocedió. «Sin embargo, no me mostré ante ti con la intención de discutir asuntos que te niegas a conocer, mi querido Eljo».

Entonces se detuvo, se inclinó hacia su rostro y susurró: «Estoy aquí para descubrir lo que sabes. Eres el único de mis hijos Eljo que ha renacido, el único que ha portado el Resplandor del Trono. Sin embargo, en piedra, no pudiste resucitarte ni proyectar el Resplandor sobre tu propia cabeza. Además, es improbable que tal suceso ocurriera por pura casualidad. Ahora, quiero que compartas conmigo quién te trajo de vuelta». Lucifael estimuló sus pensamientos: «Recuerda todo para tu querida madre, Lázaro. ¿Quién te crió? ¿Fue un hombre santo o un místico de la magia?». Inclinó la cabeza y escudriñó su rostro, buscando profundamente pistas ocultas bajo los océanos de sus ojos azules.

Lázaro se apartó. «Solo recuerdo un sueño sin sueños, una profunda oscuridad». Un dolor agudo le recorrió la cabeza. Hizo una mueca, se agarró la cabeza y retrocedió aún más mientras Lucifael, con su mirada indiscreta, le atravesaba el cráneo y penetraba nítidamente en sus recuerdos.

—Muéstrame lo que ves en tu mente —murmuró Lucifael, avanzando con gracia—. ¿Quién te resucitó, Eljo? Su cabeza palpitaba mientras ella se adentraba cada vez más en su mente. Sin embargo, la pared de la cueva le impedía cualquier intento de retirada. Ella continuó la tortuosa extracción mental, su mente rugiendo con el destello acelerado de cada sensación recordada, como si la memoria de su vida no fuera más que un libro de páginas hojeadas con minuciosidad y prisa. Ella lo interrogó: "¿Quién te dio carne de nuevo? ¿Quién te envolvió con ese resplandor?". ¿Otro ángel, tal vez? ¿El Trono mismo? ¡Respóndeme!

—¡No lo recuerdo! —jadeó Lázaro—. ¡No lo recuerdo! El dolor cesó, su visión se aclaró y, ante él, Lucifael apareció nítida, con una sonrisa de satisfacción. —¡Ah! Guardas muchos secretos. Sí, ahora te creo —respondió ella, alejándose de inmediato, quizás dándole un instante para recobrar la compostura—. No te preocupes; no te causaré más dolor, querido. Fue lo mejor: que comprendiera tu mente. Y ahora que la conozco, podemos empezar de nuevo, como madre e hijo.

Ahora que tienes sed de conocimiento y estás dispuesto a escucharlo, puedo revelarte los secretos de todo aquello que siempre quisiste saber, y mucho más. Concibe su belleza suprema: la Comprensión Omnisciente. Miró por encima del hombro, más allá de sus alas, para mostrar una sonrisa traviesa y radiante; «¿Te gustaría, hijo mío, que tu ardiente curiosidad por fin se viera saciada?».

Quizás para Lázaro, su mirada pagana combinada con su perfección desnuda resultaba nauseabunda; la totalidad de su presencia despertaba en su interior una repugnante impecabilidad agridulce, que solo incitaba al pecado. Sonrojado y completamente avergonzado, apartó la mirada. «No contigo. Tú eres la personificación del mal».

“¿Y acaso las imágenes talladas no son supuestamente malignas, como ese icono que cuelga de tu garganta?” , le preguntó inocentemente, aludiendo a uno de los mandamientos de Dios. Lázaro se aferró a su cruz de oración. «Es una cruz, que simboliza a Jesús, el Hijo de Dios, que dio su vida en ella por nuestros pecados. No es una imagen tallada».

—Ahora en serio, Lázaro —dijo ella, sacudiendo la cabeza y mostrando su decepción—. ¿Acaso crees que este Jesús fue el único hombre que murió en una cruz, o que esta forma de ejecución no existía antes de su vida? Dime, si en lugar de eso lo quemaran vivo, ¿te pondrías una estaca en llamas? ¿O si lo ahorcaran, te colgarías una soga anudada al cuello? —preguntó ella, alzando una ceja—. ¿Y cómo te adornarías con la imagen de Jesús?

¿Qué fe tendrías si en lugar de eso lo ahogaran?

Ella apartó el polvo del suelo de la cueva; “No, querida, tu icono no es más que una imagen tallada de un peculiar instrumento de ejecución para hombres. Desde entonces, he recogido muchas almas malvadas de hombres que murieron en ellos”.

“Sin embargo, Jesús jamás. Y Dios solo te permite recoger las almas de los malvados, puesto que tú mismo eres malvado.”

Ella lo miró con desdén. —¿Me lo permites? —Entrecerró la mirada, advirtiéndole— : Entiendo que llevas suficiente sangre mía corriendo por tus venas como para saber que no debes provocar mi ira, Lázaro.

“Aun así, solo digo la verdad.”

“Ah, sí, una bestia poseída por la fe que afirma decir solo la verdad”, se burló de él.

Caminaba de un lado a otro, con los brazos cruzados, absorta en sus pensamientos.

«Respóndeme esto, Lázaro: si protegiera a tu Jesús, salvándole la vida al matar a sus jueces antes de que pudieran condenarlo, ¿constituiría eso un acto de maldad?»

Lázaro se refirió al mandamiento de Dios : «No matarás. Matar incluso al impío es malo».

“Hmm. Y si eliminara por completo el mal de la faz del mundo matando a todos los hombres que lo habitan, ¿sería un acto malvado? ¿Acaso erradicar el mal es, en sí mismo, un acto malvado?”

“Sería un acto malvado, y el Mal seguiría existiendo. Es obra tuya; ¡El Mal existe! Y el mundo No es tuya; es creación de Dios. Él jamás permitiría que la mataras, pues es un Dios misericordioso y justo.

Lucifael saltó con las alas extendidas, plantándose justo frente a su rostro. “Nunca permitas ¿Yo? —Condujo a Lázaro más adentro de la gruta, gritándole: «¡El hombre es mío!».

¡El mundo me pertenece! —Lázaro se hundió contra la pared de la cueva—. ¡Ahora, controla tu lengua, Eljo! Para Lázaro, en un instante que pareció eterno, sus miradas se cruzaron: negro sobre azul.

Finalmente, respondió con voz obediente: «Entonces no puedo responderte más, ya que tu ira no me permite hablar libremente». Lucifael resopló y salió corriendo hacia el centro de la gruta. Lázaro se desplomó contra la pared. «Muy bien, entonces», respondió ella, volviéndose hacia atrás. Él le dijo: «Como uno de mis Eljo, te daré espacio para que expreses tu opinión. Sin embargo, considera tu lugar conmigo antes de que des rienda suelta a tu lengua».

—Entonces diré lo que pienso —añadió Lázaro.

Ella paseaba por el centro de la cueva, con la mirada fija en él. —¿Así que la tierra no es mía, como supones? ¿Y tu Dios no me lo permitirá, como afirmas? —Se detuvo, lo miró y...

Cruzó los brazos hacia afuera, mostrando con orgullo los grandes ojos rojos que lucía en su pecho. Sonrió: «Sin embargo, mientras estabas muerto, Lázaro, yo maté a la mitad del mundo. Dos hombres araban la tierra; maté a uno. Dos mujeres molían el grano; maté a una. Dos niños jugaban cavando; maté a uno. Ahora te pregunto: ¿Dónde estaba tu misericordioso Dios entonces? ¿Dónde, si no aquí, ante ti, como el verdadero gobernante de este mundo?»

“Si dices la verdad, Dios te pedirá cuentas por tal maldad.”

“¿Yo... en cuenta?” Lucifael se acercó a él, replicando: “¿Y quién será el responsable?”

¿Acaso esto justifica un mal mucho mayor: arrojar un gran diluvio sobre la tierra y matar a casi todas las bestias en el acto; aplastar cada árbol y arbusto con océanos tan profundos como las nubes colgantes; verter mares insondables por las gargantas de cada niño en la tierra, nacidos y por nacer? ¡Oh, en verdad! Recuerdo el día en que el mundo gritó al unísono, con tal pasión colectiva que incluso obligó a los cielos a callar y escuchar con horror.

“Y he aquí, con tantos árboles muriendo a la vez, oí incluso sus lamentos combinados, juntos como un único zumbido ahogado, bosques enteros aullando, sus copas quebrándose bajo el tronco mares salados y embravecidos. Y, además, en aquel día de aguas salobres y profundidades infinitas, percibí incluso cómo todas sus semillas se ahogaban, empapadas en salmuera, de tal modo que el canto de sus frutos se unía en un único grito terrenal; un grito, por sí solo, lo suficientemente fuerte como para ahogar incluso a coros de ángeles que gritaban. Ahora bien, Lázaro, ¿quién será responsable de semejante maldad, sino tu misericordioso Dios?”

«El hombre se apartó de Dios. En su corazón, Dios no quería inundar la tierra. El hombre provocó el gran diluvio sobre sí mismo», predicó Lázaro. «Sin embargo, después de él, el hombre prometió volver a los caminos de Dios y, con toda justicia, Dios prometió que no habría más diluvios».

Lucifael se puso a su lado y, con largas uñas negras, arrancó piedras sueltas de la pared de la cueva, mientras susurraba: «¿Y acaso los justos prometen no repetir jamás sus buenas obras?». Lo miró con una sonrisa pícaro. «Dime, para que este diluvio no sea una injusticia, ¿por qué la promesa? ¿Es tu Dios tan justo y misericordioso como deseas? En toda tu vida, en todas esas incontables oraciones, ¿cuándo te respondió tu Dios, Lázaro? ¿Y por qué tu Dios nunca se te ha aparecido como yo lo hago ahora?».

Lázaro aplanó las orejas y se apartó de ella al responder: «Mi fe en el Señor y Dios Todopoderoso es inquebrantable y no cuestionaré sus caminos. Hablas mal».

Solo porque es todo lo que sabes, es todo lo que puedes hacer. Pero tu malvada lengua no me apartará de mi Dios ni de la verdad.

—¿Tentación? —Caminando hacia el centro de la cueva, respondió con voz resonante por los pasillos más profundos de la caverna—. Lázaro, ¿acaso alguien, con conocimiento y visión, desearía que sus actos fueran iluminados para que todos los vieran?

“Creo que no.”

«Y Lázaro, ¿acaso alguna madre, teniendo conocimiento y visión, dejaría a sus hijos mudos y ciegos para siempre?»

"No."

“¿Y puede la Verdad, querido Lázaro, tener más de un rostro?”

“La verdad es la verdad”, afirmó Lázaro.

Ella se volvió hacia él y echó las manos detrás de ella. “Respondes bien. Ahora te pregunto esto: Hace mucho tiempo, en aquellos frondosos bosques del Edén, ¿quién ordenó al Hombre que no participara de la ¿Fruto del conocimiento y la visión, que sus ojos permanecieron sellados para siempre a la Verdad? Y a la luz de todas sus generaciones para ver, ¿quién tentó al hombre a tal fruto, que sus ojos se abrieron de golpe a la Verdad? Entonces ella lo reprendió en voz alta: «Te pregunto, Lázaro; ¿quién oculta la Verdad? ¿Tu madre tentadora, tu Dios tentador o tu yo ciego, que se niega obstinadamente a verlo, para no verse obligado a cuestionar el fundamento mismo de tu fe?»

Lázaro defendió al Señor: «Dios no tienta. ¡Solo tú eres el que tienta!»
«Pero ¿quién arroja un cadáver a los lobos, ordenándoles que no lo coman? ¡El tentador! ¿Y quién creó tal fruto, ordenando al hombre que no lo coma?»
¡El tentador lo hizo!

“No lo harás...”

“¿No lo harás?” Ella lo interrumpió. “¿No le darás a un tonto el conocimiento y la visión para ver la ignorancia de sus propias afirmaciones sin fundamento? Oh, pero lo haré, cuando sea testigo de tales reprobables Ignorancia ante mí. Sin embargo, incluso cuando se me muestra, sigues negándote a la verdad. Si no fueras Mi Eljo —si fueras un simple hombre— te habría matado por semejante insolencia en mi presencia. Sin embargo, te perdonaré la vida porque, a diferencia de lo que dices de mí, soy capaz de algo más que simples actos malvados: incluso de actos buenos y misericordiosos.

Lázaro consideró su argumento y lo rebatió: «Sin embargo, ya estoy vivo. Si me permites vivir, entonces tal acto no es ni bueno ni misericordioso. Es simplemente un acto, sin maldad alguna».

Lucifael respondió: “Sin embargo, afirmas que solo puedo hablar y hacer el mal. ¿Cómo puedo, Siendo solo el mal, ¿puede tu Dios realizar un acto donde no hay maldad? Más aún, dime, Lázaro, ¿puede tu Dios realizar un acto sin bien?»

Lázaro se cruzó de brazos y no dijo nada.

“No te he dejado mudo ni ciego; responde.”

Permaneció en silencio.

Ella resopló, chasqueó sus uñas negras contra una piedra en el suelo de la cueva y la lanzó con fuerza.

¡Chas! Lázaro la atrapó a escasos centímetros de su rostro. La vio asentir y sonreír, con una ceja arqueada, tal vez impresionada por su rapidez. «Es un regalo de tu madre», exclamó. Lázaro la giró y descubrió su nueva forma: una gran gema púrpura transparente y brillante, que relucía a la luz del fuego. Se quedó mirando la piedra, cautivado por su esplendor centelleante.

“Ahora bien, querida, ¿qué te dice esta piedra de oración? ¿Cómo podrás juzgar mis intenciones con ella? ¿Fue mi acto bueno o malo?”

Lázaro alzó la mirada. —No es tan sencillo. La piedra no dice nada. Sin embargo, si quisieras que la piedra me golpeará, el acto sería malvado. Y si quisieras darme ...

Se recompuso y guardó silencio.

Lucifael soltó una risita y se acercó a él. —Sí, termínalo, Lázaro. Si quisiera darte un regalo, sería un acto de bondad. —Abrió las manos con una sonrisa.

—Pues aquí lo tienes; un precioso regalo de tu madre. —Lázaro lo examinó antes de mirarla con los ojos entrecerrados.

Se colocó a su lado, examinando visiblemente la gema que sostenía en la mano con igual entusiasmo.

“Es de un tono que me gusta mucho. ¿Te gusta su color?”

“Nunca había visto una piedra como esta.”

«Supongo que te gustaría un regalo así; proviene de una cueva secreta que ningún mortal ha descubierto jamás. Hay muchas más piedras de oración maravillosas como esta, y en todos los colores imaginables. Lázaro, puedo revelarte la ubicación de esta cueva virgen, si así lo deseas. Y con tu descubrimiento, toda la riqueza de todos los reinos de la tierra estará a tus pies. Todos estos cristales de oración pueden ser tuyos, Lázaro. ¿Te gustaría?»

Lázaro observó el hermoso cristal púrpura. Era transparente en toda su extensión, con seis lados lisos que convergían en puntas afiladas en los extremos opuestos de la piedra. Le lanzó una mirada fulminante a Lucifael.

“¿Por qué me ofreces esto, para no tentarme al mal?”

Lucifael resopló y se alejó. Volvió a caminar de un lado a otro, exponiendo su propuesta: «Te ofrezco esto a cambio de una simple petición: que retires una piedra y abras una cueva. No hay maldad en tal acto. Abre esta cueva y todas sus gemas serán tuyas».

“Si realmente hubieras querido darme estas piedras, no habrías hecho más que una de ellas.

Aparecer cuando podrías haberlos hecho aparecer todos. Y puesto que me pides que abra esta cueva cuando tú eres el Diablo y podrías abrirla tú mismo, solo puedo deducir que yo haría el mal al abrirla. O que tú harías el mal al abrirla.

Entonces, según tu razonamiento, ¿acaso uno debe abstenerse de tener hijos por temor a que hagan el mal? Más aún, ¿acaso uno debe desear la destrucción de toda la Creación para que jamás ocurra un acto malvado? ¿Dónde está el límite que impide el mal sin ahogar el bien, Lázaro? “Entre las buenas y las malas acciones, y sus intenciones”, respondió.

“Sin embargo, como afirma tu fe, las consecuencias de mis actos recaerán sobre mi propia cabeza, no sobre la tuya. Por lo tanto, solo se te puede responsabilizar por abrir una cueva, un acto que no es ni bueno ni malo.

Lázaro arrojó la gema al suelo de la cueva. "Seré considerado responsable por ayudarte. Yo... No quiero tus regalos. Solo te pido que me dejes en paz.

Ella echó las manos sobre sus pálidas caderas y lo fulminó con la mirada. «Bueno, no puedo acceder a tu petición, Lázaro; no después de ver lo que hay en tu mente. Parece que le prometiste a un hombre santo, Nicolás, llevar un frasco de sangre consagrada perteneciente a otro hombre santo, Odino. Y debías entregar esta sangre a un tercer hombre santo, Salvitino, que residía en un monasterio en Italia. Sin embargo, en un giro bastante extraño y fatídico, esta sangre se derramó sobre ti, y ahora aquí estás, resucitado de entre los muertos. Entiendo que también Es una coincidencia que tal suceso ocurra por pura casualidad, sobre todo después de que hayan transcurrido más de tres temporadas. Desafortunadamente, como no recuerdas cómo sucedió, sigue siendo un misterio para ambos.

“Sin embargo, también supe, por tus pensamientos, que conoces a otro de mis hijos Eljo, Naramsin; corrompido por los mismos hombres santos insensatos que te corrompieron a ti. De hecho, te pareces mucho a él, trabajando junto a los hombres, adoptando su fe, sus deberes y sus modales como propios. Y ambos lo hicieron con un anhelo insensato de que tal vez te vieran lo suficientemente parecido a ellos como para aceptarte como uno de ellos. Oh sí, los dos de Podríaís haber sido hermanos gemelos; y si no os llamarais Lázaro, os tomaría por Naramsín, resucitado.

Recordando el último testimonio escrito de Naramsin, Lázaro le preguntó: "¿Por qué no ayudaste a liberarlo? Lo tenían prisionero al otro lado de un muro".

Ella soltó una risita. «El destino me ha sonreído. Verás, si hubiera ayudado a liberar a Naramsin, jamás habría escrito las palabras que ahora están grabadas en tu mente». Se acercó y, con una sonrisa, se dirigió a él en lengua extranjera: «Eca tinum mi turnum ruva fler. Eca shuthi tularn zuchum. ¿Qué significan estas palabras para ti, Lázaro?».

Lázaro respondió: «El clérigo Naramsin escribió esas palabras; ese día le hizo un regalo a su hermano y la cripta contenía sus palabras».

«Y ese hermano que recibió el don eras tú, ¿verdad? Dime, Lázaro, ¿cómo sabes que estas palabras significan lo que dices?»

“Estoy seguro de su significado, pero no sé cómo lo sé.”

“Entonces te diré cómo. Como Naramsin, conoces su significado porque son las palabras de mi especie: el lenguaje de los ángeles. Las conoces porque vienes de mi semilla. Como todo Eljo, naciste conociendo la lengua angélica, solo que no lo supiste hasta que viste estas palabras. Y si no hubieras aprendido la lengua humana —si hubieras estado con otros de tu especie— hablarías tu lengua materna.

Alzó la gema púrpura y examinó sus múltiples facetas mientras se dirigía a Lázaro.

«Puedes ayudar a tu madre a conseguir su libertad, querido. Necesitaré tu ayuda». Lanzó la gema, la atrapó de nuevo y le dedicó una sonrisa astuta.

“Sin embargo, ya eres libre”, afirmó.

“No es cierto. Solo ves una mera sombra de mí; estoy ante ti únicamente en espíritu. Mi verdadero Ser se encuentra al otro lado de un Gran Sello, una puerta que tú abrirás para mí. Has leído de ello en libros apócrifos.”

Los escritos apócrifos hablan de un Gran Sello... del Gran Abismo. Sin embargo, si la Piedra de la Puerta de la Abadía es ese sello, ya está abierto.

Lucifael le informó: «Es solo una parte. Dos están abiertos; aún hay un tercero. Tres sellos componen el Gran Sello y los tres deben estar abiertos a la vez. Mientras el último esté cerrado, permanezco prisionero. Y puesto que te encuentras al otro lado de esta puerta, tú permaneces...» la llave de mi libertad.”

Recordó al prisionero en las catacumbas. Lázaro se apartó de ella. "No te ayudaré". tú."

Oh, lo harás —lo siguió mientras él se adentraba más en la caverna—. Al leer las páginas de Naramsin, has aprendido cada encantamiento, cada verso y cada palabra en la superficie de los sellos que me mantienen cautivo. Un conjunto particular de

Estos versículos, recitados en el orden preciso, abrirán cualquiera de los tres sellos. Solo necesito indicarte qué versículos y en qué orden debes recitarlos para abrir el último sello.

Esto es lo que pretendías al pedirme que quitara una piedra y abriera una cueva: la piedra es otra Piedra de Puerta y la cueva es el Infierno”. Lázaro retrocedió hacia un hueco rocoso. “Y esto

Por eso no puedes hacerlo tú mismo. —Sacudió la cabeza con nerviosismo—. He entregado mi vida a Dios. Y también he dado mi palabra de que viajaré a Italia y traeré al fraile Salv...

“¡Oh, en efecto! Irás a Italia, puesto que el tercer sello se encuentra dentro de una catedral del mismo monasterio donde prometiste traer a este santo hombre. Sin embargo, en lugar de traerlo, te ordeno que abras este último sello para mí. Y como tu fe lo requiere Honra a tu madre obedeciendo mis órdenes.

Lázaro tartamudeó al intentar explicar el mandamiento al que ella se refería: « Honrar a tu madre... Dios quiso decir... lo que significa...»

Ella lo interrumpió. “Bien hecho, Lázaro. Descubriste una verdad. Sin embargo, al hacerlo, ahora te encuentras en un dilema, ya que no puedes honrar a tu madre y deshonorar al Diablo al mismo tiempo, ¿verdad? Y esto solo puede significar que las palabras que recitas no estaban destinadas a ti. Sencillamente, no eres un hombre y no tienes alma con la que negociar. Eres un Eljo, simplemente una bestia. Y como cualquier bestia de la tierra, tu El único momento es ahora.

Se defendió. “Tal vez, no abandone mi fe simplemente porque pueda carecer de alma. Y con mi fe en Dios Todopoderoso, me reúno más que una bestia y No te honraré como madre cuando incluso una bestia muestra más cariño por sus crías.

Lucifael abrió sus alas de golpe y se inclinó hacia él, mostrando sus colmillos y gruñendo: «¡Y te mataré, si no me obedeces! No tienes nada que ganar ni que perder, salvo la vida misma». ¡Y para ti, la vida es todo lo que tienes! ¡Es tu eternidad! Cerró sus alas de golpe y le dio espacio.

Suavizó su tono. «Quiero que uses las palabras de Naramsin para abrir el sello de Canello. Hazlo por mí y te daré vida eterna: carne sin fin. Con ella, tendrás todo lo que un alma podría ofrecerte: un mundo de vida eterna. Este es mi pacto contigo: todo lo que un alma inmortal podría prometerle a un Eljo. Ábrelo, Lázaro, y vive para siempre».

Tragó saliva con dificultad y buscó una respuesta en las profundidades de la oscura gruta; sin embargo, solo la oscuridad le devolvió la mirada, tan vacía como la de su madre . —Si me rechazas, Lázaro, no me dejas más remedio que matarte aquí y ahora. Y la verdad es que no lo deseo. —Cruzó los brazos y lo miró con ternura.

Bajó la cabeza. Suspiró profundamente y, con la voz quebrada, dijo: «Yo... está mal... no puedo».

Lucifael se giró, pero a la vez dio vueltas, con los ojos como dagas de ébano. Deslizó sus uñas negras por el aire entre ellos como si arañara una herida. «¡Basta ya!» , exclamó, lanzando una mirada fulminante hacia atrás, y murmuró: «Veni, vita ad vitam. Altera pars facta». Y al instante, los chillidos estridentes de un cerdo inundaron la cueva. Lázaro se tambaleó al ver a su jabalí, antes muerto, debatiéndose como un pez varado. La bestia reanimada logró ponerse de pie y se levantó torpemente sobre solo tres patas.

Ella le gritó por encima de los resoplidos y jadeos del jabalí: “¡Un tonto en una fe insensata cae precipitadamente en su tumba! ¡Como ahora te ocurrirá a ti, Eljo!”. Asombrado, Lázaro observó cómo el jabalí cojeaba hacia Lucifael, sin cadera y con líquidos que brillaban desde una gran cavidad. que una vez sostuvo su cuarto trasero. Jadeando pesadamente, se detuvo frente a ella y miró hacia arriba, su ojos llenos de lágrimas.

Ella corrigió al animal: «¡Tus dolores no recaen sobre mí, cerdo!». Señaló a Lázaro con el dedo acusador: «¡Ahí está! ¡Fue el jabalí el que te destruyó el trasero!». El jabalí se volvió hacia Lázaro, con la mirada fija en la suya, como si comprendiera su incómoda situación y buscara una explicación. Sin embargo, Lázaro permaneció mudo, con la cabeza ladeada y el estómago revuelto. Apartó la mirada.

—¡No! ¡Míralo! —gritó Lucifael—. ¡Mira cómo sufre! ¡Le robaste la pierna! Lázaro lo observó de reojo y descubrió al jabalí dando saltos en círculo, gimiendo, como si insistiera en mostrar toda su espantosa condición. Se quedó quieto un instante y lo miró fijamente. Finalmente, la bestia cayó en un ataque de ahogo y arcadas antes de orinar, lo que provocó de nuevo que Lázaro se apartara de la perversa escena. Murmuró a un Lucifael sonriente: —Solo manejas un engaño. No es real.

Lucifael rodeó al jabalí y se acercó a él, refunfuñando: «Oh, es muy real, Lázaro; tan fiel a su forma, ardiente de sangre y sufriendo aún como en el momento en que lo mataste. Y desea...» para saber por qué le robaste la pierna, por qué lo mataste. —Se detuvo ante él—. No robarás ; no matarás. ¿Recuerdas estas cosas?

Lázaro se defendió: «Distorsionáis su significado. Los mandamientos no se aplican a las bestias».

El jabalí se quejó con un jadeo mientras ella lo reprendía. «¡Fuiste tú quien tergiversó su significado! ¿Acaso no fueron esas mismas palabras que le dijiste a un hombre santo después de que persiguiera a una rata por un túnel? ¿Y no te sentiste divino por lanzar el cubo y salvar a esa rata?» Lázaro se negó a responder.

“Confiesa la verdad; ¿no viste a ese hombre santo como tal vez un gran demonio,

¿Cómo es posible que desatara su ira contra una humilde e inocente rata? ¿Y acaso no te imaginaste a ti mismo reflejado en esa rata en ese instante, perseguido por un demonio gigante que pretendía matarte simplemente porque te encontraba ofensivo, feo e impío? Lázaro frunció el ceño, fingiendo estar confundido, y miró más allá de ella para ver El jabalí de tres patas lo miraba fijamente.

—Pues claro que sí —afirmó Lucifael con calma—, pues tu mente me lo confesó. Echó las manos hacia atrás y agitó las alas.

“Estás seguro de tu fe; sin embargo, tal certeza te hace completamente inútil para mí. Sin duda, buscaré a otro para abrir el Sello Canello. Además, no permitiré que lo deshagas. mis esfuerzos pasados y traer a un fraile entrometido para cerrar el Sello de los Guardianes.”

Dio media vuelta y regresó junto al jabalí. «Por desgracia, a costa de tu madre , has demostrado una lealtad insensata a una fe inútil; aún no hemos visto cómo esta fe te beneficia cuando te ves acorralado. Y así será».

Desde un lado de su cabeza, Lucifael arrancó un gran mechón de pelo, con una capa de piel pálida colgando de sus raíces. Suspendió el enmarañado mechón entre los colmillos del jabalí y emitió ordenó: “Tomad de ella, la carne de mi cuerpo, que os he dado”. La bestia olfateó, lamió y luego devoró la ofrenda sangrienta mientras ella de nuevo “gruñía: “Veni, vita ad vitam. Altera pars facta”.

Entonces ella se volvió y miró a Lázaro, con la mitad de su cráneo liso y rojo brillando, y le dijo con muchas voces: «Escúchame ahora, Eljo. Puesto que salvaste a la rata, justificándola con tu fe, ahora te convertirás en la rata. Y puesto que mataste a este cerdo, justificándolo igualmente con tu fe, ahora el cerdo se convertirá en tu Diablo Gigante. De esta manera, pondremos a prueba tu preciada fe, solo que ahora, sin obstáculos ni engaños. Y en tu último momento, cuando seas despedazado, gritarás pidiendo...»

Tu fe, ¿por qué te abandonó? Entonces comprenderás, en ese resplandor de terror —y con absoluta certeza— que yo soy el Dios de este mundo.

Lucifael le dio espacio al jabalí mientras se transformaba, hinchándose gradualmente hasta convertirse en una bestia mamut erguida: los colmillos se alargaban, las pezuñas se transformaban en garras de seis dedos y unas enormes alas óseas se extendían ampliamente desde su lomo.

Completamente erguido, con dos pilares erizados por patas, el Gigante Cerdo se alzaba veinte pies de altura en la gruta de cuarenta pies. Alzando un ojo negro hacia Lázaro, el Monstruo gruñó; su profunda expresión resonó en cada rincón de la cueva. Lázaro

Lázaro echó un vistazo a la entrada de la gruta y el Gigante respondió, avanzando a grandes zancadas hacia la abertura, bloqueando cualquier escape. Lázaro siseó y retrocedió aún más entre las sombras; con las orejas pegadas a la cabeza como un gato acorralado.

Y de pie en el centro de la cueva, Lucifael lanzó miradas fulminantes entre ellos. Se rió entre dientes, dio media vuelta y caminó hacia una pared más profunda de la cueva, gritando a Lázaro mientras caminaba: «¡Tu fe ahora está en entredicho!». Menospreció su cruz de oración: «¡Quizás podrías blandir ese árbol estéril y sin raíces contra ella!». De nuevo, el Gigante gruñó, abiertamente como para recalcar su humor diabólico.

Se detuvo ante la pared de la caverna, se giró y se dirigió a Lázaro por última vez: «Si no fuera yo quien te dio la vida, ¡por tu insolencia, sin duda disfrutaría de tu muerte!». Cancelló me espera y aún tengo un último sello que abrir”. Y en un zumbido ascendente como un enjambre de langostas, Lucifael se fundió con la superficie de la roca, dejando a su Lázaro preocupado por su destino.

Lázaro miró en dirección a donde ella se marchaba y descubrió al Gigante Cerdo blandiendo una enorme roca sobre su cabeza. El Demonio se la arrojó. Lázaro se lanzó de lado al suelo de la cueva mientras la roca, que volaba por los aires, pasaba zumbando sobre él y explotaba contra la pared. En una lluvia de piedras, Lázaro se puso de pie y corrió por la parte trasera de la caverna, subió por un lateral y pasó junto al fuego. Allí se agachó, con los pies separados, encorvado y listo para escapar, pero el Gigante ya se había vuelto hacia él, preparado para la embestida de Eljo; demasiado tarde.

¡Psss! Junto al fuego, sobre el círculo de rocas, una gota de guano cayó y chisporroteó sobre una piedra chamuscada. Lázaro vislumbró el techo cubierto de murciélagos y luego clavó la mirada en el fuego. Lentamente, se agachó y sacó una rama aún ardiente de entre las llamas. El Gigante gruñó entre dientes, extendiendo sus garras. Sin embargo, ambos permanecieron inmóviles, con la mirada fija, tal vez anticipando cualquier movimiento del otro.

Lázaro saltó, desplegando sus alas mientras se elevaba en línea recta. El Gigante arremetió con fuerza, blandiendo su monstruosa garra y rozándole el muslo. “¡Chirrido!” Lázaro lanzó un grito penetrante mientras recorría un camino junto al techo de la cueva, lanzando las llamas de la antorcha contra él y enviando a cada murciélago a un torbellino que rápidamente envolvió la gruta. Los murciélagos pasaron junto a la bestia, ahogándola y cegándola con un torrente de alas revoloteando. El monstruo rugió, arañándolos cuando Lázaro se zambulló en la bandada y lanzó la antorcha llameante entre sus colmillos. Y en el caos que se desataba, se abalanzó y se lanzó de lado a través del gran arco erizado de sus patas, estrellándose contra la estrecha salida.

pasaje, donde se precipitó hacia la entrada de la cueva.

El Gigante Cerdo giró y se abalanzó sobre él, aullando, abriéndose paso a empujones por la entrada de la gruta, agrandándola con sus colmillos. En una lluvia de piedras, el Demonio salió disparado del pasaje de la gruta y destrozó la Boca de la Montaña. Al divisar a Lázaro en pleno vuelo, desplegó un par de alas monstruosas y se lanzó hacia las estrellas, cada pesado aleteo descendente derribando grupos enteros de murciélagos que huían.

Lázaro miró hacia abajo, detrás de él, y descubrió al Gigante ascendiendo apresuradamente tras él. Más rápido, ascendió, aún más alto, hasta que los escarpados detalles del paisaje se fundieron en una interminable capa de tierra. Sin embargo, el Gigante Cerdo ganaba terreno; Lázaro ahora podía ver. Detalles en su horrible rostro. Finalmente, el aire se enfrió y sus pulmones ardieron. Lázaro se estabilizó, jadeando en busca de aire, con los ojos llorosos por el dolor en su espalda y alas tensas. Volvió a echar un vistazo y vio al Gigante casi encima de él, arañando sus talones.

Lázaro plegó sus alas y se lanzó en picada, descendiendo casi treinta grados por debajo del horizonte sureste. Con los ojos entrecerrados, los dientes apretados y las alas sangrando, se precipitó hacia abajo. Su velocidad se disparó, los vientos rugieron y el aire abrasador le quemó la piel: Lázaro era una estrella en caída libre.

Entre vientos rugientes y punzantes, finalmente redujo la velocidad y abrió los ojos... ¡entre las copas de los árboles! Lázaro desplegó sus alas y ascendió, aún avanzando a toda velocidad entre las ramas enredadas de enormes robles gemelos, cuyas ramas más ligeras lo golpeaban con cortes y moretones. Escapó a una altura segura y descubrió que el Gigante Cerdo era solo una mota de polvo. En el horizonte noroeste, a su altura, flotando justo por encima de las copas de los árboles. De nuevo, Lázaro ascendió a los cielos. La mota se elevó con él. De nuevo, se zambulló en un aullido. Por fin, su depredador engendrado por el diablo había desaparecido.

Y durante una hora más, maltrecho y sangrando, voló hacia el sureste, hasta que encontró el río que recordaba de los mapas de la abadía: el río Ródano, que desembocaba en el El golfo de León y el océano. El Ródano era su punto de referencia: la carretera que lo llevaría a Italia. Viró a la derecha y siguió la sinuosa cinta cristalina hacia el sur.

Otra hora pasó volando mientras una delgada línea roja fracturaba el horizonte oriental: el amanecer finalmente lo alcanzó. En su piel calentada, supo que el gigante de todos los demonios, ese sol abrasador y salvaje, pronto reclamaría los cielos. Así, Lázaro voló bajo, buscando en las tierras al oeste del río algún refugio sólido que pudiera protegerlo del sol.

la tormenta de luz diurna que se avecina.

Finalmente, lo encontró : una estrecha hendidura excavada en la ladera de una cresta. Se iluminó frente al agujero y se deslizó dentro, descubriendo una caverna que se ensanchaba formando una gran cavidad: un santuario más que suficiente para protegerlo de los rayos mortales del día. Tropezando hacia el fondo de la cavidad, cayó de rodillas. Acalambrado, sudando y sangrando, se desplomó sobre el suelo de la cueva, sumiéndose en un sueño de agotamiento total.

Un pastor estaba cuidando sus ovejas a poca distancia; sin embargo, al ver un ser alado El hombre descendió en picado desde los cielos naciendo y se coló en la cueva, jadeó, dejó caer su bastón y huyó a toda prisa.

El día llegó y pasó, y los últimos rayos rojos del crepúsculo se disolvieron cuando Lázaro se puso de pie de un salto, con las orejas pegadas a la cabeza, retrocediendo hacia el fondo de la caverna mientras siseaba a tres perros aulladores que se estiraban con las correas tensas. Su amo, un soldado corpulento y barbudo, entró tras ellos, apoyándose en las correas de cuero. Otro hombre se deslizó a su lado, blandiendo un antorcha. De nuevo, Lázaro siseó a las bestias y estas entraron en pánico, casi chillando en lugar de ladrar. Al divisar a Lázaro, el portador de la antorcha gritó a un mar de antorchas que se movía fuera de la cueva: «¡Lo tenemos atrapado! ¡Preparen sus armas! ¡Aseguren la entrada!» . Las antorchas ondeaban en el aire nocturno.

Un tercer soldado se asomó al interior, aullando por encima del caos: "¡Saquen de aquí a esos malditos perros aulladores !"

El fornido soldado los hizo retroceder entre las antorchas que se dispersaban mientras otra voz gritaba desde la refriega: «¡Informen a mi señor que tenemos al Diablo atrapado! ¡Dense prisa!» —Sí, sargento —respondió alguien.

Lázaro aguzó el oído al galope de un corcel que se alejaba apresuradamente. Y todo quedó en silencio, salvo por el sonido de los soldados moviéndose y el crepitar de las antorchas. Entonces, un caballero con armadura, casco en mano y espada desenvainada, entró sigilosamente en la cueva. Una fila de ballesteros entró tras él, alineándose contra la pared frontal, con sus flechas apuntando a Lázaro. El caballero dio órdenes en un susurro áspero: «Mantengan sus armas apuntando al Diablo. Y no me disparen en la...» "Hacia atrás". Se volvió hacia Lázaro y avanzó lentamente, blandiendo su espada.

"¿Hablas?"

Lázaro se enderezó. "¿Me llamas el Diablo y luego me preguntas si puedo hablar?" Se echó el pelo hacia atrás. «No soy el Diablo y sí, puedo hablar, leer y escribir». El caballero bajó la espada.

"¿Te identificas por tu título o por tu nombre?"

—El señor Lazarus Gogu de la Abadía des Gardiens. Solo paso por aquí —dijo. ¿Vienes solo? ¿Podría haber otros como tú, alados y con dientes como tú?

Lázaro permaneció en silencio.

—Entonces es Lázaro —dijo el caballero—. Dime, eh, escudero; ¿fueron tus demonios los que trajeron la gran peste a estas tierras?

“No soy el Diablo, ni soy un demonio. Y si me permitís el paso, os estaré agradecido y abandonaré amablemente vuestra cueva y vuestras tierras.”

Apuntó con su espada a Lázaro. «Si avanzas hacia mis hombres o intentas huir, te atravesaré con mi espada». Giró sobre sí mismo, dando instrucciones a su escuadrón: «Tenedlo por seguro». El caballero salió de la cueva mientras sus arqueros apuntaban a Lázaro con puntería letal.

Un soldado desaliñado entró en la cueva con una larga daga desenvainada, continuando con su amenaza: «Y después, te haremos pedazos, no más grandes que tortas de carne». Le advirtió a Lázaro con un giro de su espada. “¡Ahora siéntate, hombre diablo!” Lázaro se sentó con cuidado mientras oía a un arquero susurrarle a otro: “¡Míralo, en carne y hueso, el mismísimo Diablo!”

Cuando el soldado se alejó, el portador de la antorcha se acercó a Lázaro y se dirigió a él: «Quédate quieto o morirás. Te examinaré mejor». Alzó la antorcha en alto, iluminando a todo Lázaro, y los hombres murmuraron con asombro.

—¿Así que eres el Diablo, eh? —le preguntó el hombre de la antorcha—. Lo he hecho un poco más feroz: con fuego que le sale de los ojos, cuernos ensangrentados y una larga cola con púas, incluso. Se volvió hacia sus compañeros y soltó una risita a través de sus dientes faltantes, y ellos respondieron de la misma manera: con risitas nerviosas.

Uno de ellos gritó: “¡Que abra la boca! Tiene los dientes de un perro y puede devorarte el corazón de un solo mordisco”.

—Abre la boca. —El portador de la antorcha se inclinó y abrió su boca desdentada a modo de demostración—. ¡Ahhh! —La fila de arqueros se inclinó hacia adelante para ver mejor.

Sin embargo, Lázaro simplemente los despidió con el ceño fruncido.

Entonces uno de los arqueros gritó: “¡Aléjense de él! ¡Les lanzará un hechizo y nos castigará a todos con una plaga!”

Sobresaltado, tal vez por la afirmación del arquero, el portador de la antorcha se comportó como si Lázaro lo hubiera mordido, arrojándole la llama mientras huía apresuradamente. Las armas de los soldados se movieron y, en Quizás desde una distancia prudencial, condenó a Lázaro: «¡Somos hombres de Dios Todopoderoso! ¡Tu poder está atado ante su presencia!» . Escupió al suelo. Los hombres murmuraron de nuevo, persignándose apresuradamente. Lázaro bajó la mirada hacia el escupitajo del hombre de la antorcha y los ignoró.

Sin la cueva, los soldados se turnaban para asomar la cabeza y mirarlo boquiabiertos.

Finalmente, Lázaro oyó el golpeteo de los cascos de un corcel al acercarse, con el tintineo de las cadenas marcando un ritmo en su interior.

Una voz amortiguada gritó: «¡Apártense! ¡Dejen paso!». Las antorchas se abrieron de golpe cuando tres hombres entraron en la cueva, portando grilletes. Lázaro se levantó lentamente, al igual que la hilera de ballestas. Una vez dentro, dejaron caer el montón de cadenas en el centro de la cueva, frente a Lázaro.

El caballero, aún sujetando su yelmo bajo el brazo, dio un paso al frente e instruyó a Lázaro; “Estos grilletes son para atarte. Acéptalos o muere aquí mismo. Haz tu elección.” Las armas, impacientes, se movieron.

Lázaro respondió: «Si acepto, me mataréis porque podéis, haciéndome pasar por el diablo, que habéis capturado. Y si me niego, me mataréis por mi negativa, haciéndome pasar por el diablo, que habéis muerto».

El caballero replicó: «Estas órdenes no son mías. Proviene de mi señor, Ceryce d'Alcicourt, conde de Languanaise y señor de estas tierras. Él solicita una audiencia con usted, pero solo si acepta ser contenido en su presencia. Además, ha ordenado que no se le haga daño alguno».

“ El caballero se acercó un poco más y quizás su voz adquirió un tono más de súplica sincera: «Mi señor es justo; su palabra es vinculante. Él envía estas palabras: "Si le ayudáis con un asunto sencillo, con alguna de vuestras... eh... habilidades, entonces seréis libres de marcharse."

—¿Qué es esto? —preguntó Lázaro.

“Mi señor no lo dice. Sin embargo, desea hablar con usted ahora. ¿Nos permitirá detenerlo para ello?”

Lázaro relató la historia de Naramsín y del Pobre en Cristo. Y, según recordó, Naramsín tenía fe en la promesa de libertad del Concilio, mientras que el Pobre tenía fe en la idea de que nunca se había visto a sí mismo verdaderamente atado. A su parecer, la fe les había costado la vida a ambos, a menos que, tal vez, ninguno de los dos mantuviera su fe en vista del debido respeto que se les debía. Sin embargo, Lázaro se encontraba ahora frente a un montón de cadenas, tal vez en un momento en que, más que la mera fe, podría determinar su destino. Y con una pizca de razón, un montón de dudas y una montaña de Confianza en él, se humilló, permitiendo así que los soldados lo encadenaran.

Sin embargo, horas antes, incluso a plena luz del día, cuando Lázaro dormía en el suelo de la cueva, la noticia de la captura del Diablo se extendió por toda la tierra con la rapidez de una cruzada cegadora, y el relato se volvía cada vez más fantástico con cada narración. El último de muchos rumores decía que Satanás había sido descubierto en una cueva, succionando los corazones de los sacerdotes asesinados, y un centenar

Los hombres cayeron antes de poder capturarlo , antes de impedir que desatara una gran peste sobre las tierras.

Una marea de sirvientes libres y contratados, soldados, sacerdotes, mujeres y niños se agolpaba ante las puertas del castillo de D'Alcicourt. Numerosos escribas papales acudieron para registrar la historia, para que la posteridad la contara con exactitud. Y bajo un cielo estrellado, todos se congregaron: jóvenes y ancianos, ricos y pobres, justos y pecadores, para contemplar al Diablo, Rey de los Demonios.

Podría haber parecido que Satanás mismo iba a afrontar ahora el castigo por cada uno de sus males. acto contra la Creación.

[Fin del capítulo 13]



Esta obra literaria fue creada d exclusivamente en dedicación de

Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~